

“David Helm ha escrito el libro sobre predicación expositiva más útil y conciso que jamás haya leído”.

Matt Chandler, pastor principal de The Village Church, Dallas, Texas; presidente de Acts 29 Church Planting Network

“Si estuviera enseñando una clase de predicación y pudiera asignar a los estudiantes solo un libro, podría ser este. Es un hallazgo poco común que introduce en el tema al principiante e instruye al experimentado. La humildad de David me convence, me reprende, me instruye y me anima como predicador. Mi oración es que tenga el mismo efecto en ti”.

Mark Dever, pastor principal de Capitol Hill Baptist Church; autor de *¿Qué es una iglesia sana?*

“Las habilidades de David Helm como predicador y su amplia experiencia como maestro de predicadores hace que cualquier cosa que diga acerca de este tema sea de gran valor. Pero le leo con la mayor de las apreciaciones por aquello que aparece con máxima claridad entre sus compromisos: ‘Permanecer en la línea, nunca elevándose por encima del texto de la Escritura para decir más de lo que esta dice, y nunca cayendo por debajo del texto reduciendo su fuerza o plenitud’. Aquí no hay solo habilidad y sabiduría, sino que también fidelidad, de la cual provienen los tesoros más auténticos de la predicación”.

Bryan Chapell, presidente emérito de Covenant Theological Seminary; autor de *La predicación cristocéntrica*

“Helm nos ha dado un resumen forjado con precisión y totalmente convincente acerca de lo que hay que entender y hacer para predicar fielmente la Palabra. Este libro es importante”.

R. Kent Hughes, pastor principal emérito de College Church, Wheaton, Illinois

“En este libro compacto, David Helm destila principios y reflexiones claves que han animado a muchos en los talleres de predicación de *Charles Simeon Trust*. He visto a hombres implicarse de nuevo con el duro trabajo de la preparación de predicaciones a medida que David enseñaba este material. Espero que este libro multiplique este mismo resultado”.

Paul Rees, pastor principal de Charlotte Chapel, Edimburgo, Escocia

“Me encanta ver las respuestas sorprendidas de la gente cuando se enteran de que la predicación expositiva es la primera de las ‘9 Marcas de una Iglesia Sana’. Esta prioridad es afirmada y explicada en *La predicación expositiva*. David Helm plantea un desafío emocionante dejando el mensaje claro y preciso. ¡Espero que a Dios le plazca usar este libro para ayudarte a predicar fielmente para la salud de la iglesia y la gloria de Dios!”.

H. B. Charles Jr., pastor de Shiloh Metropolitan Baptist Church, Jacksonville, Florida; autor de 1, 2 y 3 *Juan para ti*

LA PREDICACIÓN EXPOSITIVA

LA PREDICACIÓN EXPOSITIVA

Cómo proclamar la Palabra de Dios hoy

David Helm

DISCIPULAR

Cómo ayudar a otros a seguir a Jesús

Mark Dever

EL EVANGELIO

Cómo la iglesia refleja la hermosura de Cristo

Ray Ortlund

LA EVANGELIZACIÓN

Cómo toda la iglesia habla de Jesús

J. Mack Stiles

LA MEMBRESÍA DE LA IGLESIA

Cómo sabe el mundo quién representa a Jesús

Jonathan Leeman

LA DISCIPLINA EN LA IGLESIA

Cómo protege la iglesia el nombre de Jesús

Jonathan Leeman

LOS ANCIANOS DE LA IGLESIA

Cómo pastorear al pueblo de Dios como Jesús

Jeramie Rinne

LAS MISIONES

Cómo la iglesia local se vuelve global

David Platt

LA CONVERSIÓN

Cómo Dios crea a Su pueblo

Michael Lawrence

TEOLOGÍA BÍBLICA

Cómo la iglesia enseña fielmente el evangelio

Nick Roark & Robert Cline

LA PREDICACIÓN EXPOSITIVA

CÓMO
PROCLAMAR
LA PALABRA
DE DIOS
HOY

DAVID HELM



**La predicación expositiva:
Cómo proclamar la Palabra de Dios hoy**

David Helm

© 2014 por 9Marks

Traducido del libro *Expositional Preaching: How We Speak God's Word Today*

© 2014 por The Charles Simeon Trust. Publicado por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers; Wheaton, Illinois 60187, U.S.A. Esta edición publicada por un acuerdo con Crossway.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina-Valera* © 1960, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Traducción: Jorge Eduardo Peña y Gustavo Morel

Revisión: Patricio Ledesma

Diseño de la carátula: Dual Identity Inc.

Imagen de la carátula: Wayne Brezinka para brezinkadesign.com

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-944586-61-4

SDG

CONTENIDO

Prólogo acerca de la serie	9
Introducción: <i>Los huesos viejos</i>	11
1 La contextualización	15
<i>El problema de la adhesión ciega</i>	16
<i>La predicación impresionista</i>	18
<i>La predicación ebria</i>	25
<i>La predicación “inspirada”</i>	31
<i>Recapitulando antes de continuar</i>	36
2 La exégesis	39
<i>Lo primero es lo primero</i>	39
<i>El día que me di cuenta</i>	41
1. <i>Da control al contexto bíblico</i>	45
2. <i>Escucha la línea melódica</i>	47
3. <i>Observa la estructura y el énfasis</i>	52
<i>El peligro de pensar que has terminado</i>	58
3 La reflexión teológica	61
<i>Leyendo con los instintos de Jesús</i>	62
<i>Leyendo con los instintos de Pablo</i>	63
<i>Leyendo con los instintos de Spurgeon</i>	64

<i>El desafío del método histórico-crítico</i>	65
<i>La utilidad de la teología bíblica</i>	69
<i>El papel de la teología sistemática</i>	84
<i>Un paso más</i>	88
4 Hoy	89
1. <i>La composición de tu audiencia</i>	91
2. <i>La organización de tu material</i>	100
3. <i>La aplicación de tu mensaje</i>	105
<i>Una palabra final</i>	113
Conclusión: <i>Los huesos secos</i>	115
Apéndice	117
Agradecimientos especiales	121
Referencias	123
Índice de las Escrituras	127

PRÓLOGO

ACERCA DE LA SERIE

¿Crees que es tu responsabilidad ayudar a edificar una iglesia sana? Si eres cristiano, creemos que lo es.

Jesús te ordena hacer discípulos (Mt 28:18-20). Judas nos exhorta a edificarnos sobre la fe (Jud 20-21). Pedro te llama a utilizar tus dones para servir a los demás (1P 4:10). Pablo te dice que compartas la verdad con amor para que tu iglesia madure (Ef 4:13, 15). ¿Ves de dónde lo estamos sacando?

Tanto si eres miembro de la iglesia o líder de ella, los libros de la serie *Edificando iglesias sanas* pretenden ayudarte a cumplir estos mandamientos bíblicos para que así juegues tu papel en la edificación de una iglesia sana. Dicho de otra manera, esperamos que estos libros te ayuden a crecer en amor por tu iglesia, tal y como Jesús la ama.

9Marcas planea producir un libro que sea corto y de agradable lectura acerca de cada una de las que Mark Dever ha llamado las nueve marcas de una iglesia sana y, un libro más, acerca de la sana doctrina. Consigue los libros acerca de la predicación expositiva, la teología bíblica, el evangelio, la conversión, la evangelización, la membresía de la iglesia, la disciplina eclesial, el discipulado y el crecimiento, y el liderazgo de la iglesia.

PRÓLOGO

Las iglesias locales existen para mostrar a las naciones la gloria de Dios. Esto lo hacemos fijando nuestros ojos en el evangelio de Jesucristo, confiando en Él para salvación, y amándonos unos a otros con la santidad, la unidad y el amor de Dios. Es nuestra oración que el libro que tienes en tus manos sea de ayuda.

Con esperanza,
Mark Dever y Jonathan Leeman
Editores de la serie

INTRODUCCIÓN

LOS HUESOS VIEJOS

El cuerpo del gran hombre descansa en una cripta bajo el suelo de piedra de la *King's College Chapel* en Cambridge, Inglaterra, justo en el acceso oeste. El lugar tiene dos inscripciones: “CS”, y el año en el que este hombre murió (“1836”). Ambas han sido grabadas en el pavimento de piedra y rellenas con plomo. Si alguna vez tienes la oportunidad de estar de pie en ese lugar —como yo lo hice una vez con asombro— debes saber esto: los huesos viejos bajo tus pies pertenecen a uno que trajo de vuelta la Biblia al centro de la vida de la iglesia en Inglaterra.

Fue un triste día de noviembre de 1836, cuando no menos de 1.500 académicos asistieron al funeral de Charles Simeon. En números sin precedentes para aquella época, la gente vino a presentar su respeto a este pastor y predicador.¹ Charles Simeon fue un regalo, un regalo de Dios, para la gente de su generación. Simeon también es un regalo para nuestra generación. Sus instintos para el evangelio han aguantado la prueba del tiempo y pueden causar una fresca impresión en la predicación de nuestros días, pues la predicación de Simeon tenía mucho de lo que nuestra predicación carece.

¿Qué es lo que nos falta? ¿Cómo podemos beneficiarnos? Las respuestas son sorprendentemente simples y apuntan al corazón mismo de lo que se conoce como *la predicación expositiva*. En gran

medida, la convicción de este gran hombre acerca de la Biblia era la fuente misma de su influencia. Simeon creía que una explicación de la Biblia sencilla y clara es lo que hace que una iglesia sea sana y feliz. La exposición bíblica lleva a cabo el pesado levantamiento que hace falta para edificar una iglesia. Esta permanente creencia nunca dejó a Simeon. Por cuarenta y cuatro años, y desde un único púlpito de un pueblo universitario, incansablemente se dio a sí mismo a la primacía de la predicación. Semana tras semana, año tras año y década tras década, permaneció en el púlpito y declaró la Palabra de Dios con claridad, simplicidad y poder. Simeon definió su convicción acerca de la exposición bíblica de la siguiente manera:

Mi esfuerzo consiste en sacar de la Escritura lo que está ahí, y no meter lo que pienso que podría estar ahí. Tengo un gran celo en esta cabeza; nunca hablar más o menos de lo que creo que es la mente del Espíritu en el pasaje que estoy exponiendo.²

Simeon veía al predicador como alguien que tenía el deber de aferrarse al texto. Estaba comprometido a permanecer en la línea, no elevándose nunca por encima del texto de la Escritura para decir más de lo que esta decía y nunca cayendo por debajo del texto reduciendo su fuerza o plenitud.

Esta convicción —este maduro control— es frecuentemente olvidada hoy por aquellos que manejan la Palabra de Dios. Francamente, esta es la perdición de muchas de nuestras iglesias, incluso

de las que son sanas doctrinalmente. Mucho de lo que pensamos que es predicación bíblica fiel en realidad yerra el blanco a causa de una falta de control. Y permíteme ser el primero en admitir que no siempre he ejercido el dominio para sacar solo aquello que se encuentra en la Escritura. Mi oración es que este pequeño libro, entre otras cosas, pueda ser usado por Dios para ayudar a explorar cómo los maestros y los predicadores de la Biblia pueden redescubrir esta convicción. Pero no solo es la convicción de Simeon la que vale la pena considerar. Los objetivos de Simeon en la predicación deben ser redescubiertos. Él enmarcó firmemente sus fines para la exposición bíblica de la siguiente forma:

***Humillar al pecador;
exaltar al Salvador;
promover la santidad.***³

No se puede decir más claro. Estos objetivos deberían guiarnos hoy. Nuestro mundo —como el de Simeon— necesita saber desesperadamente lo bajo que ha caído la humanidad, lo alto que Jesucristo ha ascendido, y lo que Dios requiere de Su pueblo. La mejor y única manera de ayudar a este mundo es proclamar las palabras de Dios en el poder del Espíritu. ¿Cómo lo hacemos? ¿A qué se asemeja?

Las respuestas se encuentran en la predicación expositiva. La predicación expositiva es la predicación poderosa que somete correctamente la forma y el énfasis del sermón a la forma y el énfasis del texto bíblico. De este modo, extrae del texto lo que el

Espíritu Santo puso allí —como dijo Simeon— y no pone en el texto lo que el predicador piensa que podría estar allí. El proceso es un poco más complejo. El resto de este libro trata acerca de esto.

Comenzaremos pensando acerca de los errores que tantos de nosotros cometemos, errores que resultan particularmente de nuestros intentos por contextualizar. Luego consideraremos los retos y las exigencias de hacer la exégesis de un texto, entender un texto a la luz del canon entero de la Biblia y, entonces, predicarlo a nuestro propio contexto.

Aunque este libro servirá adecuadamente como una introducción a la predicación expositiva, una de mis esperanzas es que para la persona que ya está predicando o enseñando la Biblia, sea una herramienta útil para examinar lo que está haciendo en el presente. Casi tiene la intención de ser una guía de “seguimiento”, una manera de dar al lector la oportunidad de preguntarse a sí mismo: “Bien, ¿es esto lo que estoy haciendo? ¿Estoy realmente sacando solo aquello que está en la Escritura? ¿Lo estoy haciendo de modo que adecuadamente humille al oyente, exalte al Salvador y promueva la santidad en las vidas de los que están presentes?”.

Las exigencias y los retos de la predicación expositiva son muchos. Y progresar en nuestra habilidad para manejar la Palabra de Dios con fidelidad no será fácil. Pero estoy seguro de esto: si los predicadores y los líderes de la iglesia de hoy permiten que la simplicidad de la convicción de Simeon y sus objetivos nos hablen desde la tumba, la salud y la felicidad de la iglesia pueden ser restauradas.

Así que empecemos.

LA CONTEXTUALIZACIÓN

La contextualización es esencial para una buena exposición. Y los manuscritos de sermones que tenemos de San Agustín llevan a algunos a sugerir que él lo hizo bastante bien.

Así, cuando Agustín propuso ideas acerca de la sociedad que fueron tomadas directamente de los clásicos paganos, no deberíamos pensar que estaba haciendo esto en un esfuerzo consciente para impresionar a los paganos con su cultura o para atraerlos a la iglesia, citando sus autores favoritos. Lo hizo sin pensarlo, al igual que hoy decimos que la tierra es redonda... Presentó gran parte de lo que tenía que decir... como una cuestión de sentido común.¹

Me encanta lo que la actitud de Agustín hacia la contextualización nos enseña acerca de su relación con la predicación. Su sorprendente habilidad para conectar con sus oyentes fue el resultado de su interés general en la vida; no fue un resultado calculado, conseguido al recolectar referencias culturales con la esperanza de terminar siendo relevante. Este capítulo abordará los problemas que surgen cuando este tipo de contextualización se apodera del predicador durante la preparación de su mensaje.

En la introducción, vimos una pequeña muestra de lo que debería ser la predicación expositiva. Es un esfuerzo para sacar de la Escritura lo que está ahí, para nunca meter en un texto lo que el Espíritu Santo no puso, y para hacer esto desde un texto determinado de manera que adecuadamente humille al oyente, exalte al Salvador, y promueva la santidad en la vida de los que están presentes. Aunque aún no hemos descrito cómo un sermón debería hacer todo esto, vale la pena tomarse el tiempo para considerar algunas formas comunes en las que nuestra predicación puede errar el blanco.

EL PROBLEMA DE LA ADHESIÓN CIEGA



¿Qué quiero decir con la contextualización en la predicación?²² En términos simples, la contextualización en la predicación es comunicar el mensaje del evangelio en formas que sean comprensibles o apropiadas en el contexto cultural del oyente. En otras palabras, la contextualización tiene que ver con *nosotros* y el *ahora*. Está comprometida con la relevancia y con la aplicación para hoy, motivo por el cual ofreceré un enfoque constructivo acerca del tema en el capítulo 4. Uno de los problemas con la predicación contextualizada hoy en día, sin embargo, es que a menudo tiene un énfasis fuera de lugar. Al elevar la contextualización a una disciplina estudiada excesivamente centrada en las ganancias prácticas, algunos predicadores tratan el texto bíblico de una manera descuidada y

poco entusiasta. Este es el problema de la *adhesión ciega*. A partir de un sano deseo de hacer avanzar la misión de su iglesia, el predicador centra su preparación exclusivamente en formas creativas y artísticas que puedan hacer su sermón relevante.

Piensa en ello. Algunos predicadores pasan más tiempo leyendo y meditando en la situación contextual que en la Palabra de Dios. Nos sumergimos en sermonear acerca de nuestro mundo o ciudad en un esfuerzo por ser relevantes. Como resultado, nos conformamos con dar impresiones superficiales del texto. Nos olvidamos de que el texto bíblico es la palabra relevante, la cual merece nuestros mayores esfuerzos de meditación y explicación.

Para decirlo de otra manera, el predicador está destinado a errar el blanco de la exposición bíblica, cuando permite que el contexto que está tratando de ganar para Cristo controle la Palabra que habla de Cristo. Como dije en la introducción, esta es la ruina de muchas de nuestras iglesias. Demasiados de nosotros inconscientemente creemos que un entendimiento bien estudiado de nuestro contexto cultural —en lugar de la Biblia— es la clave para predicar con poder.

La adhesión ciega a la contextualización altera nuestra predicación en al menos tres formas, y ninguna de ellas es para mejor. En primer lugar, afecta nuestra perspectiva en el estudio (en la preparación de su sermón, el predicador se preocupa por el mundo en lugar de la Palabra de Dios). Esto lleva a la *predicación impresionista*. En segundo lugar, cambia nuestro uso del púlpito (la Palabra ahora apoya nuestros embriagantes planes y propósitos, en lugar de los de Dios). Esta es la *predicación ebria*. Por

último, cambia nuestra comprensión de la autoridad (la lectura devocional “fresca” y “dirigida por el espíritu” del predicador se convierte en el aspecto determinante de la verdad). Yo llamo a esto la *predicación “inspirada”*.

Veamos cada una de ellas un poco más de cerca. Creo que vamos a encontrar que parte de lo que pensamos que es predicación expositiva en realidad yerra el blanco.

LA PREDICACIÓN IMPRESIONISTA

Alrededor de 1850, el estilo artístico dominante del momento era el *realismo*. Fue un movimiento que pretendía representar —lo más fielmente posible— lo que el artista había visto. Claude Monet y Pierre-August Renoir fueron dos jóvenes estudiantes entrenados en el realismo. Se habían hecho amigos y comenzaron a pintar juntos, al lado de varios otros. Esta generación más joven tendía a usar colores más brillantes que los usados por sus instructores realistas, y favorecía obras de la vida contemporánea sobre escenas históricas o mitológicas, dejando también atrás conscientemente el romanticismo de las generaciones anteriores.

El punto de inflexión que ayudó a estos jóvenes pintores a iniciar su autoidentificación como grupo llegó en el *Salon de Paris* (Exhibición de París) de 1863, una competición de arte. Tantas de sus obras fueron rechazadas por los jueces que más tarde se celebró un evento alternativo: el *Salon des Refusés* (Exhibición de los rechazados).³ Durante los diez años siguientes, los jóvenes artistas solicitaron tener eventos alternativos para sus nuevos estilos de pintura, pero fueron sistemáticamente rechazados.

En 1873, Monet, Renoir, y varios otros formaron una cooperativa anónima de artistas para mostrar su trabajo de forma independiente. La primera exhibición pública de este nuevo grupo se produjo en abril de 1874 en París. Los estilos habían cambiado aun más. Renoir había empezado a experimentar alterando la realidad de lo que veía (un alejamiento distinto del realismo). Monet había empezado a pintar con pinceladas más sueltas. Esto daba una forma general de lo que veía en lugar de una imagen precisa, lo cual era todavía la preferencia de la generación anterior. Por ejemplo, su *Impresión, sol naciente* captura el puerto de *Le Havre* a la salida del sol. Reconociendo que no era una vista realista del puerto, agregó la palabra “impresión” al título cuando se le preguntó por el nombre de la obra. Este título fue utilizado después por un crítico para ridiculizar a estos artistas, llamándolos los “impresionistas”.

Una de las innovaciones más atrevidas del grupo fue su uso de la luz. Por ejemplo, el *Baile en el Moulin de la Galette* de Renoir (1876) representa una fiesta en un jardín con un baile en el barrio parisino de Montmartre. En el cuadro, Renoir pinta con blanco en el suelo o encima de una chaqueta azul para indicar que el sol brillaba allí. La alteración de la luz comienza a exagerar los detalles y a distorsionar lo que en realidad veía el artista.

El método impresionista toma lo que el ojo ve y lo interpreta, lo exagera, ignora algunas partes, y al final lo distorsiona.

Ahora, piensa en lo que haces cuando te sientas a preparar un sermón. Abres tu Biblia. No tienes mucho tiempo. Es probable que tengas una reunión o dos esta noche. Es posible que tengas

que guiar a alguna familia o a alguien del personal. Ciertamente tienes las manos llenas de trabajo pastoral. Sin embargo, tienes que decir algo el domingo. Así que empiezas a leer tu texto y a anotar cosas en tu ordenador, al igual que un artista interactúa con un lienzo; trazando conexiones rápidas, llenas de color entre la Palabra y lo que sabes del mundo.

Buscas cosas que sabes que tendrán una *impresión* inmediata sobre tus oyentes. Empiezas a disfrutar de esta diversión momentánea. No es un trabajo difícil. Pronto surge una idea principal. Contextualizas bien, ya que, al igual que tu congregación del domingo, no te apasionan mucho las cosas históricas. De hecho, tienes este trabajo, en parte, porque fueron impresionados por lo bien que produces mensajes que llaman la atención, desde el antiguo realismo de las escenas bíblicas, que de otra manera serían inaccesibles. Un estudio detallado del texto puede esperar.

El mensaje de esta semana —al igual que el de la semana pasada— se concentrará en las impresiones relevantes que saques del pasaje. Las aplicaciones parecen emerger como rayos de luz para que puedas esparcirlos sobre la congregación a todo color. Miras tu iPhone para ver la hora. Has estado trabajando por quince minutos.

Esta es la predicación impresionista.

Sucede a menudo. De hecho, puede ser el problema más importante que enfrentan los predicadores hoy. La predicación impresionista no es controlada por la realidad del texto. Ignora los contornos históricos, literarios y teológicos del texto. Pasa rozando —en cuestión de minutos— muchas de las herramientas exegéticas

que requieren tiempo. Mientras que el pintor realista podría mirar a su objeto diez veces antes de dar una pincelada, el impresionista mira su texto una vez y da diez pinceladas en el lienzo de la experiencia humana. Así es, también, el predicador impresionista.

No hay duda de que la predicación impresionista es más fácil y rápida. Tiene más sentido, dada tu apretada agenda. Pero necesitas saber que, al final, estás haciendo lo que te da la gana con el texto.

Veamos un ejemplo. Imagina que tienes que preparar un mensaje para tu clase de “padres jóvenes”. Decides hablar acerca de 1 Samuel 2:12-21. Tómate el tiempo para leerlo ahora:

Los hijos de Elí eran hombres impíos, y no tenían conocimiento de Jehová. Y era costumbre de los sacerdotes con el pueblo, que cuando alguno ofrecía sacrificio, venía el criado del sacerdote mientras se cocía la carne, trayendo en su mano un garfio de tres dientes, y lo metía en el perol, en la olla, en el caldero o en la marmita; y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí. De esta manera hacían con todo israelita que venía a Silo. Asimismo, antes de quemar la grosura, venía el criado del sacerdote, y decía al que sacrificaba: Da carne que asar para el sacerdote; porque no tomará de ti carne cocida, sino cruda. Y si el hombre le respondía: Quemén la grosura primero, y después toma tanto como quieras; él respondía: No, sino dámela ahora mismo; de otra manera yo la tomaré por la fuerza. Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová. Y el

joven Samuel ministraba en la presencia de Jehová, vestido de un efod de lino. Y le hacía su madre una túnica pequeña y se la traía cada año, cuando subía con su marido para ofrecer el sacrificio acostumbrado. Y Elí bendijo a Elcana y a su mujer, diciendo: Jehová te dé hijos de esta mujer en lugar del que pidió a Jehová. Y se volvieron a su casa. Y visitó Jehová a Ana, y ella concibió, y dio a luz tres hijos y dos hijas. Y el joven Samuel crecía delante de Jehová.

En tu primera lectura del texto, hay tres cosas que destacan:

1. El texto te presenta dos grupos de padres e hijos: Elí y sus hijos sin valor, y Ana y su pequeño Samuel, quien sirve a Dios.
2. Estás impresionado con el contraste entre ellos. La historia de Elí es como un manual sobre la mala crianza, mientras que los patrones de Ana obtienen mejores resultados.
3. Llegas a dos puntos rápidos para tu mensaje. En primer lugar, los padres malos permiten a sus hijos comer demasiado, mientras que los padres buenos no lo hacen. ¡Qué repulsivo era para los hijos de Elí atiborrarse de ofrendas de sacrificio! En segundo lugar, los malos padres no aprovechan el entorno de la iglesia para animar a sus hijos hacia la piedad, mientras que los buenos padres siempre están presentes y disponibles. ¡Qué maravilloso era para Ana tener a Samuel en la iglesia, siempre que las puertas estuvieran abiertas!

Ya está. Tienes tu guion. Lo más importante, sabes que tu charla va a resonar en los padres jóvenes de tu congregación.

Después de todo, las noticias en tu ciudad están informando sobre el problema del acondicionamiento físico entre los niños locales y la legislación inminente para abordarlo. No te costará mucho contextualizar principios similares que apliquen a su bienestar espiritual también. Das tu charla. Lo siguiente que descubres es que se van a poner en marcha nuevos programas de niños a partir de este sermón. Se planifican retiros de fin de semana dedicados a cómo ser buenos padres. Es genial, porque la gente está hablando acerca de la crianza cristiana.

Esta clase de predicación impresionista está haciendo crecer iglesias. No es de extrañar que no pasemos tiempo trabajando en los sermones. No hace falta. Podemos hacer esto rápidamente y funciona. Es predicación casi improvisada. Una vez más, entonces, perdemos la riqueza de la Palabra de Dios. Perdemos de vista el mensaje principal del texto. Si lo leemos un par de veces más, podemos darnos cuenta de que la principal preocupación de 1 Samuel 2:12-21 no es la crianza en absoluto. Es la santidad de Dios. Así es, *el pasaje es acerca de Dios* y de cómo el mal liderazgo del pueblo de Dios es una burla de Dios mismo. El problema en el texto es que Dios no está siendo adorado apropiadamente. Y si seguimos cavando en el libro, nos daremos cuenta de que hay un tema de reemplazo aquí dentro de la familia de Dios. El texto presenta a Samuel precisamente en este punto, porque es la alternativa a los hijos de Elí para dirigir la adoración a Dios, de acuerdo con la Palabra de Dios. Dios no puede hacer Su obra porque Su Palabra ha sido destruida. Aun así, cuando la situación parece no tener solución, Dios levanta a otro hombre y sacerdote para liderar.

¿Significa esto que no podemos predicar acerca de la educación de los hijos a partir de este texto? No necesariamente. Pero sí significa que no debemos perder el mensaje principal del pasaje. Las posibles aplicaciones nunca deben eclipsar el mensaje principal del texto. Aunque podemos decir cosas ciertas basadas en este texto de la Biblia acerca de la crianza, deberíamos hacerlo de una manera que se someta respetuosamente al énfasis del texto. Esta es la diferencia. Este es el reto. Leemos estas historias y terminamos perdiendo lo que el Espíritu está enfatizando, mientras que reducimos la Palabra de Dios a nada más que principios para vivir en piedad. En el ejemplo de 1 Samuel, terminamos omitiendo por completo a Cristo como el reemplazo de un sacerdocio fracasado. Perdimos a Jesús por el impresionismo. Y en su lugar tenemos padres que están más comprometidos con el moralismo que con el mensaje cristiano.

Es importante indicar que la predicación impresionista no es el problema. Es un resultado natural de la *adhesión ciega a la contextualización* y de cómo tal adhesión monopoliza nuestro tiempo. Necesitamos recordar la convicción que controló a Charles Simeon en el estudio: sacar de la Escritura lo que está allí. Es fácil dejar que un enfoque impresionista domine tu estudio y preparación para la predicación. Especialmente, si eres intrínsecamente *cool* —a la moda—, o estás intentando serlo, este enfoque puede convertirse en la cocaína que consumes en privado. Y si has tenido un poco de éxito así, puede que empieces a creer que eres un expositor. Pero como veremos en los próximos capítulos, la exposición bíblica requiere un enfoque diferente en el estudio.

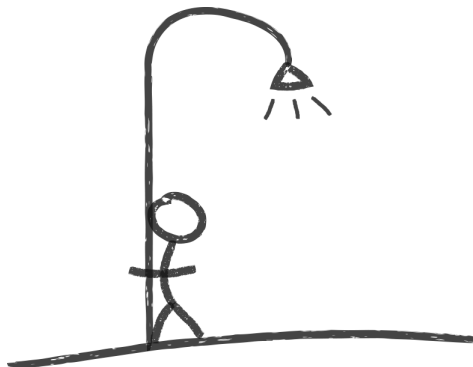
LA PREDICACIÓN EBRIA

Salgamos del estudio y pensemos en cómo usamos la Biblia en el púlpito. El poeta escocés Andrew Lang una vez propinó un golpe humorístico contra los políticos de sus días con una frase ingeniosa, acusándoles por su manipulación de las estadísticas.⁴ Con una leve alteración del lenguaje, la ocurrencia bien podría decirse en contra de muchos maestros de la Biblia en la actualidad: “Algunos predicadores usan la Biblia de la manera que un borracho usa una farola... más para apoyo que para iluminación”.

Este es el predicador ebrio. Supongo que no te tengo que decir que no deberías ser uno de ellos. No obstante, el hecho es que muchos de nosotros lo hemos sido y simplemente no lo sabíamos. Me explico. Aquellas semanas en las que hemos estado en el púlpito, apoyándonos en la Biblia para dar soporte a lo que queríamos decir, en lugar de decir solo lo que Dios quiso que la Biblia dijera, hemos sido como un hombre bebido que se apoya en una farola (usándola más para apoyo, que para iluminación). Una mejor postura para el predicador es quedarse justo debajo del texto bíblico. Porque es la Biblia —y no nosotros los que predicamos— la Palabra del Espíritu (ver Heb 3:7; Jn 6:63).

Con décadas de ministerio pastoral a mis espaldas, puedo pensar en miles de ocasiones en las que he sido el predicador ebrio. He ido a la Biblia para apuntalar aquello que pensaba que era necesario decir. La Escritura se convirtió en una herramienta útil para mí. Me ayudó a lograr lo que tenía en mente. En ocasiones, perdí de vista el hecho de que soy yo el que se supone que tiene que ser la herramienta (alguien a quien Dios usa para Sus

propósitos divinos). Debo proclamar la luz que Él quiere derramar desde un texto en particular.



Lo que me sucedió en el pasado puede sucederle a cualquiera. Hay una amplia variedad de maneras en las que podemos usar la Biblia como un borracho usa una farola. Tal vez tengas posturas doctrinales muy fuertes, las cuales se convierten en el mensaje central de cada pasaje que predicas, sin importar lo que el texto esté diciendo. Quizá saques conclusiones políticas, sociales o terapéuticas, sin importar lo que el Espíritu tenía en mente en el texto. En esencia, nuestra tendencia a la predicación ebria, por encima de la predicación expositiva, deriva de una cosa: imponemos nuestras más profundas pasiones, planes y perspectivas sobre el texto bíblico. Cuando hacemos esto, la Biblia se convierte en poco más que un apoyo para lo que queremos decir.

Permíteme darte un ejemplo personal de cuán rápido puede suceder esto. Hace varios años, estaba predicando acerca de 2 Corintios. Cuando llegué a los capítulos 8 y 9, decidí pasarlos por alto (continuando a partir del capítulo 10). Mi razón para hacer tal

cosa era simple. Quería reservar los capítulos 8 y 9 para un futuro próximo en la vida de nuestra iglesia. Esos capítulos tratan acerca del dinero, ¿verdad? Así que pensé: “Los ancianos vendrán a mí en algún momento y me pedirán que predique un sermón acerca de la mayordomía”. En ese momento, nuestra iglesia iba bien financieramente. Tenía sentido guardar ese texto para una época en la que necesitaríamos un estímulo financiero que nos mantuviera solventes. Así que salté los capítulos 8 y 9 (algo raro tratándose de mí, por ser un rígido predicador secuencial). El momento llegó. Fui a 2 Corintios 8 y 9 para preparar un sermón acerca de la importancia de dar con generosidad. Ahora bien, es importante que sepas que, aun antes de empezar con mi estudio, ya tenía una idea muy clara de lo que iba decir desde el púlpito. Iba a centrar todos mis comentarios en los tres versículos que resaltan al dador alegre:

El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra; como está escrito: *Repartió, dio a los pobres; Su justicia permanece para siempre.* (2Co 9:6-9)

Primero, empezaría con la actitud que Dios quiere que tengamos hacia el dinero. El versículo 6 dice que dar generosamente

es cosechar generosamente. ¡Me gustaba comenzar con la actitud porque conectaba mi introducción con la aplicación de “dar”! Después de todo, el versículo 7 dice que Dios ama al dador alegre. La motivación para dar —Dios te dará de vuelta—, sería mi segundo punto. El versículo 8 dice: “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia”. Al final, citaré un salmo que muestra el incentivo divino para la generosidad, pues el verso 9 parece indicar que Dios mismo distribuyó libremente. Mi esquema de tres puntos sería así:

1. 2 *Corintios* 9:6-7: Da a Dios (esta es la actitud que Él quiere de nosotros).
2. 2 *Corintios* 9:8: Obtén buenas cosas de Dios (esto apela a nuestra motivación).
3. 2 *Corintios* 9:9: El dar es una manera de imitar a Dios (el Antiguo Testamento lo dice).

Aunque no había escuchado al texto por mucho tiempo, sabía que tenía un sermón que sería fácil de oír. Estaba encaminado a dar un mensaje muy práctico y conmovedor. Sabía lo que nuestra gente necesitaba y la Biblia respaldaba mi mensaje.

Entonces, algo interesante sucedió. Antes de que llegara el domingo, y antes de subir al púlpito para predicar, comencé a estudiar el trasfondo de aquellos capítulos. Lo que descubrí hizo tambalear el fundamento de todo lo que había planeado decir. De 1 *Corintios* 16:1-4 y *Hechos* 11:27-30, aprendí que mis versículos estaban relacionados con una hambruna y la necesidad de ciertas iglesias. Mi texto de dar con alegría no trataba acerca de dar

con regularidad para el presupuesto de la iglesia local. Era sobre una colecta para aliviar una hambruna en unas iglesias llenas de judíos cristianos, en una parte diferente del mundo.

Por si esto no fuera suficientemente malo, encontré otras cosas también. De 2 Corintios 11:5 y 12:11, aprendí que la disputa principal de la carta era acerca de la aparente debilidad del ministerio de Pablo, en comparación con los superapóstoles, quienes poseían el tipo de poder que la congregación de Corinto respetaba. Pablo no tenía habilidades para hablar (11:6), llegó con humildad (11:7), siempre tenía necesidad (11:9), y no tenía recursos financieros (12:14-15). Este era el contexto de los capítulos dedicados a las ofrendas. Entonces, se me encendió la luz. ¡Esta ofrenda era una prueba! Si los corintios daban generosamente, se demostraría que se identificaban con la “debilidad” y que estaban dispuestos a suplir las necesidades de aquellos que eran débiles. Sin embargo, si daban escasamente para el fondo que aliviaría la hambruna, esto probaría que estaban alineados solamente con aquellos que lo tenían todo. ¡De repente me di cuenta de que estaba en un peligro real de entender mal todo el libro!

Entonces, todo encajó. Cuando miré el salmo citado en 2 Corintios 9:9 —el salmo que pensaba que nos enseñaba que dar generosamente significa imitar a Dios— encontré que lo que demuestra es que somos como el “hombre justo”. El mensaje de Pablo no era que los corintios debían dar generosamente para imitar a Dios. En lugar de eso, dar generosamente es el distintivo común de aquellos que siguen a Dios.

En ese momento supe que tenía un problema. Aunque había diseñado un gran guion —basado en la Biblia— que lograría mi objetivo de mostrar la insuficiencia de nuestro presupuesto, simplemente me estaba apoyando en la Biblia al igual que un borracho usa una farola (más para apoyo que para iluminación).

Las únicas preguntas restantes que debía responder antes de subir al púlpito esa semana eran: ¿Quién será el rey? ¿Yo o el texto bíblico? ¿Reinaría yo sobre él esta semana, o él me gobernaría? ¿Me apoyaría en la Biblia para mis propósitos y planes, o me sometería a ella, permitiendo que la iluminación del Espíritu Santo hiciera Su obra con mi gente? En el análisis final, la convicción que permitió a Charles Simeon ejercer un control maduro en el púlpito, ganó ese día. “Tengo un gran celo en esta cabeza; nunca hablar más o menos de lo que creo que es la mente del Espíritu en el pasaje que estoy exponiendo”.⁵ Desde mi experiencia personal, puedo decir que mis propias luchas con la predicación ebria siempre están conectadas a una *adhesión ciega a la contextualización*. Y esto es lo que he aprendido: las necesidades de mi congregación, tal y como las percibe mi entendimiento contextualizado, nunca deberían convertirse en el poder que controla lo que digo en el púlpito. No somos libres para hacer lo que queremos con la Biblia. Ella es soberana. Ella debe ganar. Siempre.

Nuestro papel como predicadores y maestros de la Biblia es ponernos debajo de la luz iluminadora de las palabras que hace mucho fueron escritas por el Espíritu Santo. Nuestro trabajo es decir hoy lo que Dios dijo una vez y nada más. Porque al hacer esto, Él sigue hablando.

LA PREDICACIÓN “INSPIRADA”

Hemos visto dos consecuencias negativas que la adhesión ciega a la contextualización tiene para la exposición bíblica. En primer lugar, exploramos el impacto que este enfoque tiene en el predicador en su estudio. Este método de preparación puede conducir a la *predicación impresionista*. En segundo lugar, vimos cómo la contextualización ciega puede influenciar el uso de la Biblia por parte del predicador en el púlpito. Las presiones semanales para ser relevantes pueden dar lugar a la *predicación ebria*.

Ahora quiero llevar al predicador fuera de su estudio y fuera de su púlpito y ver cómo lee su Biblia en privado. Porque incluso aquí, las estrategias de lectura contemporáneas que adoptan las personas para sus “momentos de tranquilidad” pueden afectar la proclamación pública de la Palabra de Dios. De hecho, si combinas estas estrategias privadas de lectura con una adhesión ciega a la contextualización, obtienes lo que llamo la *predicación “inspirada”*.

Permíteme explicarlo. Por su autoría divina, la Biblia es y siempre será la autoritativa e inspirada Palabra de Dios. Sin embargo, tristemente —y a esto quiero llegar— los predicadores cada vez más consideran su lectura subjetiva del texto como inspirada. Cada vez más, a los maestros de la Biblia se les dice que cualquier cosa que conmueva su espíritu en lecturas bíblicas privadas debe ser lo que el *Espíritu de Dios* quiere que sea predicado en público.

Un ejemplo de este tipo de estrategia de lectura —conocida como *Lectio Divina*— tiene una larga historia. Esta práctica tradicional benedictina de interpretación bíblica tenía el objetivo de promover la comunión con Dios y —en menor medida— la

familiarización con la Biblia. Esta estrategia favorece una visión de los textos bíblicos como “la Palabra viva”, más que como palabras escritas que deben ser estudiadas. Las formas tradicionales de esta práctica incluyen cuatro pasos para la lectura privada de la Biblia: leer, meditar, orar y contemplar. Empiezas calmando tu corazón con una simple lectura del texto. Entonces meditas, tal vez en una sola palabra o frase del texto y, al hacerlo, evitas intencionadamente lo que podría considerarse un enfoque “analítico”. En esencia, el objetivo aquí es esperar la iluminación del Espíritu para llegar a un significado. Esperas a que Jesús venga y te hable. Una vez que se da la palabra, te pones a orar. Después de todo, la oración es un diálogo con Dios. Dios habla a través de Su Palabra y la persona habla a través de la oración. Al final, esta oración se convierte en una oración contemplativa, y nos da la habilidad de comprender verdades teológicas más profundas.

Este método suena maravillosamente piadoso. De hecho, parece tener una sólida justificación bíblica: “Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1Co 2:10). Dejando de lado por un momento lo que realmente Pablo estaba diciendo en este pasaje, la *Lectio Divina* aboga por un método espiritual en oposición a algo sistemáticamente estudioso. Sustituye la investigación por la intuición. Prefiere el ánimo y la emoción a un estudio metódico y razonado. Equipara tu espíritu al Espíritu Santo.

¡Y a la *adhesión ciega a la contextualización* esto le encanta! Lo que la gente hoy en día más desea es una “palabra fresca” de Dios, algo de Su Espíritu que nutra nuestras pobres vidas espirituales.

Aunque históricamente la *Lectio Divina* es una forma de interpretación católicorromana, ha tenido cierto resurgimiento en los últimos años, particularmente entre los protestantes evangélicos. E incluso donde no se practica por su nombre, se parece mucho a la forma en cómo muchos predicadores jóvenes son enseñados. Se les dice que lean la Biblia con devoción, en silencio, esperando que el Espíritu Santo hable. Pues puedes estar seguro de que lo que Dios ponga en nuestros corazones de un texto, en la tranquilidad del momento, Él lo utilizará también en las vidas de otros. Entonces, “¡predícalo! Debe ser inspirado”.

Tomemos como ejemplo uno de esos maravillosos versos de calendario de cocina, Filipenses 4:13: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. ¿Cómo abordamos este texto? Comenzamos a leerlo personalmente, como si Pablo lo hubiera escrito directamente a nosotros. Luego leemos “todo” como “cualquier cosa”. Creemos que, por supuesto, este texto se refiere a cualquier cosa. Cuando nos enfrentamos a todo tipo de obstáculos, Dios nos da la fuerza para vencer. ¿Necesito un ascenso en el trabajo? Dios me da la fuerza. ¿Necesitamos un lanzamiento de tres puntos en los últimos veinte segundos para ganar el partido? Dios da la fuerza. ¡Qué inspiración! Es un verso perfecto para cualquiera de esos momentos en los que necesitamos tener éxito. Y dado que hemos entendido el texto de forma devocional, es tentador subir al púlpito y predicarlo de esa manera. El problema es que al cavar un poco más vemos que Pablo no está hablando de “cualquier cosa”. Solo con leer unos pocos versos anteriores o posteriores, nos damos cuenta de que este versículo es parte de las palabras de Pablo sobre

el sufrimiento en la cárcel. Está hablando de la supervivencia. No está hablando de ascensos y tiros ganadores, sino de soportar las dificultades para que el evangelio pueda avanzar (ver Fil 1:12). No se necesita mucho para deshacer nuestra casi inspirada lectura devocional. Solo hacen falta dos o tres versos. Este tipo de predicación “inspirada” es un juego peligroso. Es completamente subjetiva. Cuando detenemos el trabajo duro de entender las palabras que el Espíritu nos ha dado y trabajamos exclusivamente en la “mente del Espíritu”, nos convertimos en la autoridad final sobre el significado. Empezamos a establecer “verdades” y “consejos” que no pueden ser ni probados ni apoyados bíblicamente. Podemos hacerlo por buenas razones, como nuestro sentido de la salud moral de nuestra gente o como un genuino deseo de renovar el mundo en el que vivimos. Pero, no obstante, comenzamos a funcionar fuera de la doctrina ortodoxa. Confundimos “así dice el Señor” con “así me ha dicho”. Pedimos a nuestras congregaciones que confíen en nosotros en vez de confiar en la Palabra.

Ahora, tú y yo probablemente no estamos de acuerdo con esta teoría cuando se trata de la Biblia. Sin embargo —inconscientemente— a menudo trabajamos como si lo estuviéramos. ¿A qué se parece esto? Muchos predicadores —particularmente jóvenes predicadores— van al texto en primer lugar para su propia edificación o crecimiento espiritual. Esta práctica no es inherentemente mala, y la predicación devocional no es algo inherentemente malo. Todos deberíamos ser espiritualmente convencidos y conformados por y a la imagen de Cristo en el texto. El problema es que somos fácilmente tentados a saltar de cómo el Espíritu ejerce una

impresión del texto en nosotros a cómo el Espíritu obra en nuestra congregación. Así, estamos ante algo muy similar a la predicación impresionista, pero vestido con piedad en vez de practicidad.

Solo para evitar confusiones, *no* estoy diciendo que el Espíritu no tenga ningún papel en la predicación expositiva. Afirmar esto sería un error terrible. Si bien es cierto que las personas se convierten y maduran a través de la predicación expositiva, la palabra del evangelio debe estar unida a la obra del Espíritu, para que pueda haber convicción de pecado, regeneración, arrepentimiento, fe y perseverancia a largo plazo. O dicho de otro modo: “Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento” (1Co 3:7).

Resulta que esta “reciente” colaboración entre una lectura devocional de la Biblia y la predicación —y especialmente su apelación al deseo de la contextualización de ser espiritual— no es tan nueva como podríamos pensar. Una de sus versiones se desarrolló entre figuras teológicas como Karl Barth y el movimiento neo-ortodoxo en la primera parte del siglo XX. La alta crítica alemana había “probado” que el texto de la Biblia había sido corrompido, o al menos eso se pensaba. Y debido a que el texto había sido corrompido, los lectores de la Biblia no podían determinar la intención original del autor de una forma auténtica. Barth y el movimiento neo-ortodoxo tuvieron en general un alto concepto de las Escrituras, pero admitieron ciertos puntos de la alta crítica con respecto a la inspiración verbal. Así, en una iglesia neo-ortodoxa, la noción de responder a la Biblia diciendo: “Esta es la Palabra del Señor”, ya no era sostenible. Más bien, el lector debía decir algo más parecido a: “Escucha hasta que la Palabra de Dios

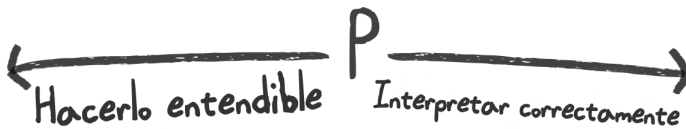
hable”. La suposición era que lo único que nos queda es el Espíritu, por tanto, más nos valdría escuchar a alguien que lo haya oído.

Solo una generación más tarde, algunos dentro del evangelicalismo ya se están moviendo más allá de Barth hacia la predicación inspirada o guiada por el espíritu. Pero ¿somos confiables? Sin duda el Espíritu Santo es digno de confianza y puede —milagrosamente— implantar su intención en nosotros intuitivamente. Pero ¿nos absuelve esta posibilidad de hacer el duro trabajo de la exégesis? ¿Por qué el Espíritu se habría molestado en inspirar las Escrituras en primer lugar? ¿No es posible que el Espíritu obre tanto a través de la investigación como de la meditación? Al adoptar un enfoque tan subjetivo de la interpretación como la predicación “inspirada”, ¿no estamos en riesgo de ignorar lo que Dios quiso decir con su Palabra favoreciendo lo que nosotros queremos predicar? ¿Estamos conformándonos al espíritu de este siglo —del que somos parte necesariamente— en lugar de a la profundidad de su Palabra?

RECAPITULANDO ANTES DE CONTINUAR

La adhesión ciega a la contextualización es un problema muy real para los predicadores. Nos tienta a buscar la relevancia sin crítica ni control, y esto da lugar a la mayor de las superficialidades cuando se trabaja el texto. En este capítulo hemos visto este problema desde tres ángulos. En primer lugar, exploramos lo que ocurre en el estudio del predicador cuando el contexto cultural dirige el sermón, en lugar de ser una fuente de información. Terminamos desplazando el realismo del texto bíblico por algo *impresionista*, en el mejor de los casos. En segundo lugar, una

adhesión ciega a la contextualización a menudo nos hace errar el blanco de un uso adecuado de la Biblia en el púlpito. Muchos de nosotros sufrimos de una adicción a ser prácticos y a la noción de que podemos predeterminar lo que nuestra gente necesita oír. Cuando hacemos esto, bebemos del grifo de la *predicación ebria*. En tercer lugar, una adhesión ciega está conectada cada vez más a la práctica devocional privada del predicador. Los predicadores quieren algo “fresco” y “espiritual”. Y luego nosotros hacemos pasar nuestros propios sentimientos espirituales o frescos como si fuesen el mensaje de Dios. Como resultado, la *predicación “inspirada”* desplaza a la predicación expositiva. Es acertado preguntar: ¿hay alguna forma sencilla de expresar cuándo nuestra tendencia hacia la contextualización termina yendo mal? Creo que sí.



El lado derecho de esta ilustración muestra la responsabilidad del predicador con el contenido de la Palabra de Dios: *interpretar correctamente*. Esta es una parte esencial de nuestro trabajo. Todos queremos ser fieles. La Biblia nos da las palabras del Dios vivo. El lado izquierdo nos apunta en otra dirección en la que tenemos responsabilidad: *hacerlo entendible*. Esto también es esencial. ¿Quién de nosotros no quiere ser fructífero? El predicador se encuentra entre estas dos tareas cada semana. Ambas lo presionan, cada una exigiendo su tiempo y atención. Y muy a menudo, el

predicador teme que no sea posible tener un compromiso total con una sin dejar a la otra atrás.

Como resultado, el predicador empieza a conversar consigo mismo de esta manera: “Si me muevo en la dirección de dedicar mi tiempo de preparación para *interpretar correctamente*, temo que pueda terminar siendo demasiado cerebral, demasiado intelectual, y perdería el impacto vital de *hacerlo entendible*. Después de todo, no puedo darme el lujo de ser conocido como un pastor de la Palabra si eso significa perder mi identidad como predicador lleno del Espíritu. ¿No tengo la responsabilidad de hablar al corazón, no solo a la mente? Mis mensajes deben mostrar credibilidad a nivel de la calle. Estoy cansado de los predicadores que solo piensan acerca de la conversión espiritual. Quiero decir, la ortodoxia es importante, pero si la contextualización no me guía en mi trabajo, nunca alcanzaré la ortopraxis. Sé que hablo de un texto pero, al fin y al cabo, estoy aquí para provocar un impacto hoy”. Cada vez que este argumento surge en el corazón y en la mente de los llamados a predicar —esta sensación de que interpretar bien y hacerlo entendible son socios imposibles— puedes estar seguro de que la adhesión ciega a la contextualización está al acecho con la predicación impresionista, la ebria y la “inspirada” listas para tomar la iniciativa.

Por supuesto, los dos compromisos de interpretar bien y hacerlo entendible no son socios imposibles. Charles Simeon y todo predicador expositivo sólido que conozco encontraron un modo de mantener ambas cosas. Espero que los tres capítulos siguientes te muestren un enfoque para preparar sermones que te permita unirte a ellos en la labor fiel y fructífera de la exposición bíblica.

LA EXÉGESIS

Concluimos el capítulo 1 diciendo que es posible “interpretar correctamente el texto” y “hacerlo entendible”. No tenemos que elegir entre una cosa o la otra. Se pueden hacer ambas, y bien hechas. Pero ¿cómo? ¿Cómo podemos preparar mensajes que sean a la vez fieles al texto y fructíferos para hoy? ¿Y cómo lo hacemos evitando nuestra tendencia hacia una adhesión ciega a la contextualización?

Hay una manera, y los buenos expositores parecen ponerla en práctica. Los tres capítulos siguientes exponen un proceso de tres partes —una mentalidad de trabajo— que sigue este curso: (1) la exégesis; (2) la reflexión teológica; y (3) las implicaciones para hoy.

LO PRIMERO ES LO PRIMERO

Toda predicación debe comenzar con la exégesis. Para decirlo de otra manera: la contextualización, la reflexión teológica, y los temas de actualidad hay que mantenerlos a raya (deberíamos estar comprometidos con un proceso de preparación que mantiene *primero lo primero*). Con esto quiero decir que un predicador fiel inicia el proceso de preparación del sermón prestando atención a la audiencia original del texto bíblico y a los propósitos del texto